

Con el extracto de mi diario, que constituye el último capítulo, llegamos al día 18 de Octubre, fecha en que estos tristes acontecimientos comenzaron a caminar rápidamente á su terrible desenlace. Los incidentes que siguieron á esa fecha estarán eternamente grabados en mi memoria, así que puedo referirlos sin ayuda de las notas tomadas por mí á su tiempo. Empiezo, pues, desde el día en que comprobé dos datos importantísimos. El primero, que la señora llamada Laura Lyons había escrito á sir Charles Baskerville citándole para la hora precisa y en el sitio donde halló la muerte, y segundo, que el misterioso desconocido vivía en una de las cuevas del cerro.

Con estos dos datos en mis manos pensé para mí que de nada me servirían ni mi valor ni mi inteligencia si no conseguía lanzar un rayo de luz sobre los impenetrables misterios que nos rodeaban.

No tuve ocasión de contar á sir Henry durante la noche anterior lo que había averiguado respecto de L. L., porque el doctor permaneció jugando al *carté* hasta una hora muy avanzada. Por la mañana, después de decírselo, le pregunté si quería acompañarme á Coombe Tracey. Al principio mostró gran

des deseos de venir; pero después de meditarlo nos pareció que, yendo yo solo, los resultados serían tal vez más fructuosos. Lo probable parecía ser que la señora fuese menos reservada con una persona que con dos. Me despedí, pues, de sir Henry y salí á emprender mi nueva investigación.

En cuanto llegué á Coombe Tracey encargué á Perkins el cochero que cuidara de los caballos, y comencé á preguntar por la señora en cuya busca iba. No me costó mucho trabajo dar con ella, pues su casa estaba situada en el centro del pueblo. La criada me franqueó la puerta sin dificultad ninguna, haciéndome entrar en un despacho. Una señora que estaba sentada ante una máquina Remington se levantó, lanzando una exclamación de alegría. Pero toda la expresión de su semblante cambió al ver que era un desconocido el que había entrado, y volviéndose á sentar me preguntó el motivo de mi visita.

A primera vista me pareció que mistress Lyons era una mujer de singular belleza, con su frente tersa y espaciosa, los ojos grandes y negros y la cabeza bien formada y cubierta por una magnífica cabellera. La impresión no pudo ser mejor. Pero al examinarla más detenidamente noté en seguida que en aquel rostro había un no sé qué de desagradable. La expresión de los ojos era dura, los labios muy salientes... pero, ya digo, en nada de esto me fijé hasta después. En el primer instante sólo supe que me hallaba en presencia de una mujer muy linda, la cual me preguntaba á qué obedecía mi visita. Hasta

entonces no me había dado cuenta de lo delicado de mi misión.

—Tengo el gusto—dije—de conocer á su padre.

La presentación fué bien torpe, por cierto, y así me lo hizo ella ver, contestando:

—Nada hay entre mi padre y yo. Nada le debo y sus amigos no lo son míos. Poco le hubiese importado á mi padre que me hubiera muerto de hambre. La manera de ganarme la vida la debo á la noble generosidad de sir Charles Baskerville y otros caballeros como él; á mi padre, no.

—Precisamente vengo á hablar á usted de sir Charles.

—¿Qué puedo decirle de él?—preguntó mientras sus dedos recorrían con aire nervioso el teclado de su máquina.

—¿Le conocía usted, no es verdad?

—Ya he dicho que tengo mucho que agradecerle. Si hoy puedo ganarme honradamente la vida, lo debo en gran parte al interés que se tomó por mí conociendo la desgraciada situación en que me hallaba.

—¿Se carteaba usted con él?

La señora me lanzó una mirada de indignación. —No comprendo el objeto de esa pregunta—dijo muy seriamente.

—El de evitar un escándalo público—contesté.— Creo que es preferible que yo se lo pregunte aquí en secreto, sin que trascienda á la calle.

Volvióse muy pálida y tardó algo en contestarme.

Por fin rompió á hablar, diciendo con marcada entereza:

—Bueno, ¿qué quiere usted saber?

—Si se carteaba usted con sir Charles.

—Le escribí dos ó tres veces para darle las gracias por su delicadeza y su generosidad.

—¿Conserva usted la fecha de las cartas?

—No.

—¿Habló usted en alguna ocasión con él?

—Sí, en algunas. Vino dos ó tres veces á Coombe Tracey. Era de carácter muy reservado y prefería hacer el bien secretamente.

—Pues si le vió usted tan pocas veces y le escribió también muy poco, ¿cómo pudo enterarse de su situación y ayudarla, como dice usted que hizo?

—Hubo algunos caballeros que conocían mi triste historia y se juntaron para socorrerme. Uno de ellos fué Mr. Stapleton, vecino y amigo íntimo de sir Charles, á quien habló de mí, interesándole en mi desventurada suerte.

Yo ya sabía que más de una vez sir Charles había nombrado limosnero á Stapleton; así que la respuesta de la señora estaba muy dentro de la posibilidad.

—¿Escribió usted en alguna ocasión á sir Charles dándole una cita?

Se puso encendida de coraje.

—¿Caballero?—exclamó con tono solemne—esa es una pregunta intolerable.

—Lo siento, señora, pero me veo obligado á repetirle.

—En ese caso contesto decididamente que no.
—¿Tampoco le escribió usted en ese sentido el día en que murió?

Al oír esto tornóse livida.
Sus labios secos apenas pudieron pronunciar un no, que vi más que sentí.

—Sin duda no hace usted memoria—la dije.— Puedo citarla un párrafo de su carta. Decía así: «Ruego á usted como caballero que queme esta carta en cuanto la lea, y que no deje de estar en el portillo del páramo esta noche á las diez. Allí le espero.»

—¡Dios mío—exclamó al oír esto—no queda ya ningún caballero en el mundo!

—Sus palabras ofenden á sir Charles, señora. Quemó la carta, en efecto, pero á veces puede leerse lo escrito aun en el papel quemado. ¿Luego es verdad que la escribió usted?

—Sí, señor, la escribí—contestó violentándose mucho.—¿Por qué negarlo? No tengo por qué avergonzarme de haberla escrito. Quería que me ayudase y creí que, si podía yo hablar á solas con él, no me negaría lo que tanto necesitaba. Por eso le supliqué que saliera á verse conmigo.

—Pero ¿por qué á aquellas horas de la noche?

—Porque acababa de saber, cuando le escribí, que á la mañana siguiente se marchaba á Londres y que era probable que estuviera ausente algunos meses. Motivos muy atendibles me impedían ir allá más temprano.

—¿Y por qué le citó usted en el jardín en lugar de hacerle una visita en su casa?

—¿Cree usted acaso que una mujer puede ir dignamente á casa de un hombre soltero á ciertas horas?

—¿Y qué sucedió cuando llegó usted al sitio de la cita?

—No fui.

—¡Señora!

—No fui, lo repito. Lo juro por todo lo más sagrado. Ocurrió algo que me hizo cambiar de propósito.

—¿Y qué fué ello?

—No lo puedo decir, es muy delicado.

—De modo que citó usted á sir Charles en el sitio y á la hora en que encontró la muerte, ¿y ahora declara usted que no acudió á la cita?

—Esa es la verdad.

Una y otra vez volví á interrogarla, pero en vano.

—Señora—dije al levantarme para terminar aquella larga é infructuosa entrevista—echa usted sobre sus hombros una responsabilidad muy grande, además de proceder muy mal negándose á decirme todo cuanto sabe respecto al asunto de que tratamos. Si es que necesito acudir á los tribunales, tendrá usted ocasión de ver que está muy comprometida. Si es que no sabe usted nada absolutamente de la muerte de sir Charles, ¿por qué negó usted haberle escrito aquel memorable día?

—Porque temí que á mi acción se le diera una interpretación muy distinta de la exacta, de la que

debe dársele, y no quería verme envuelta en un escándalo.

—¿Y por qué tenía usted tanto empeño en que sir Charles quemara la carta?

—Puesto que la ha leído usted, creo que estará enterado.

—No he dicho que la haya leído.

—No, pero repitió usted una parte de ella.

—Repetí un párrafo, la postdata. Como ya he manifestado, era lo único que quedaba sin reducir á cenizas. Y ahora vuelvo á preguntar: ¿por qué tenía usted tanto empeño en que sir Charles quemara la carta que recibió precisamente el mismo día de su fallecimiento?

—Se trata de un asunto muy delicado.

—Tanto mayor motivo para que evite usted la intervención de las autoridades.

—Puesto que usted insiste, lo diré. Si ha oído hablar de mi desgracia sabrá que me casé muy á disgusto y sin consentimiento de mi padre, y que he tenido sobrados motivos para arrepentirme de mi boda.

—Lo he oído decir.

—Ultimamente mi vida ha sido una incesante persecución por parte de mi marido, á quien aborrezco. La ley le favorece, y estoy temiendo que me obligue á vivir con él. Cuando escribí la carta á sir Charles, acababa de saber que, haciendo ciertos gastos, podría quizá recobrar la libertad. Esto para mí lo significaba todo: la paz, el sosiego, la tranquilidad

y el respeto del mundo. Conociendo como conocía los nobles sentimientos de sir Charles, me decidí á hablarle para pedirle su ayuda.

—En ese caso, ¿por qué no acudió usted á la cita?

—Porque después de escrita la carta recibí de otra persona el auxilio que necesitaba.

—¿Y por qué no escribió usted á sir Charles diciéndoselo así?

—Me proponía hacerlo, pero ya era demasiado tarde. A la mañana siguiente ví la noticia de su muerte en los periódicos.

El relato parecía ajustarse perfectamente á la verdad, y aunque la interrogué muchas veces, no conseguí hacerla vacilar ni un momento.

Me parece imposible que dijera no haber ido al castillo, siendo inexacto, porque para ir hubiera necesitado un carruaje y éste no podía haber regresado á Coombe Tracey hasta las primeras horas de la mañana.

Imposible hubiera sido también que la excursión hubiera pasado inadvertida; así que, en cuanto á esto, era de suponer que decía la verdad, ó, por lo menos, una parte de ella.

Salí de su casa desalentado. Una vez más había tropezado con aquella infranqueable muralla que parecía cerrar todos los caminos por los cuales procuraba yo llegar al objeto de mi misión. Sin embargo, cuanto más meditaba en la reservada actitud de aquella mujer y en las mudanzas de su semblante, más y más se convencía de que me ocultaba algo.

¿Por qué se había puesto tan pálida? ¿Por qué había luchado contra todos mis procedimientos de investigación hasta verse materialmente obligada á hablar? ¿Por qué no había declarado lo que sabía al ocurrir la tragedia? No pude convencerme de que la explicación de todo era tan sencilla como pretendía ella.

Por aquel lado no quedaba ya nada que hacer, y, por lo tanto, resolví dedicar mis trabajos á la comprobación del otro dato que había recogido, para lo cual era necesario buscar entre las cuevas del páramo.

La indicación no podía ser más vaga, y así lo comprendí cuando, al regresar al castillo en el tiburú, llegué á ver que, cerro tras cerro y monte tras monte, por todas partes abundaban las cuevas.

Barrymore me había dicho que el desconocido habitaba una de ellas, pero hay millares esparcidas por el páramo. No desistí, sin embargo, y recordando que la silueta de aquel hombre la había yo visto en el Cerro Negro, dispuse hacer de éste como el centro de mis investigaciones, para ir desde allí recorriendo todas las cuevas, una por una, hasta dar con el que buscaba.

Si tenía la suerte de encontrar al desconocido, estaba resuelto á saber de sus propios labios, costase lo que costase, quién era él, qué hacía allí y por qué nos perseguía con aquella misteriosa tenacidad. Pudo escapárenos en las calles de Londres, escapándose bulléndose por entre los carruajes y la gente; pero

trabajo le había de costar hacer lo mismo en la soledad del páramo. Si acertaba á encontrar la cueva habitada por él y no estaba en ella, le esperaría, tardase lo que tardase. En fin, me hallaba resuelto á no dejarle escapar otra vez.

Hasta entonces la suerte nos había sido adversa; pero por fin vino en auxilio nuestro tomando la forma de Frankland, á quien encontré en el portillo de su jardín, que daba al camino real, por donde yo tenía que pasar.

—Buenos días, doctor—exclamó al verme.—¡Ea! deje usted que descansen los caballos y venga á tomar una copita conmigo. Tenemos que festejar esta ocasión, amigo, porque ha de saber usted que merezco su enhorabuena.

Recordando lo que me habían dicho acerca de la manera como trató á su hija, yo no sentía simpatía ninguna por aquel viejo; pero estaba deseando encontrar un pretexto cualquiera para despedir á Perkins á casa, y aproveché aquella ocasión.

Me apeé del tiburú y con el cochero envié un recado á sir Henry diciendo que regresaría á pie para la hora de comer. En seguida pasé con Frankland á su comedor.

—¡Qué gran día amaneció hoy para mí, doctor!—exclamó.—Uno de los más memorables de mi vida. Estaba radiante de alegría el anciano.

—¡Vaya una suerte la mía!—prosiguió diciendo.—¿Qué le parece á usted que he hecho? Nada menos que establecer el derecho de que pase el público

por el centro del parque de Middleton, á cien metros de la misma puerta. ¿Qué tal? Ya le enseñaré yo á esa altanera burguesía que la ley es la ley y que los derechos del pobre son tan sagrados y tan respetables como los de los ricos. Además, he hecho cercar la pradera y el bosque á donde el pueblo de Henworthy iba á merendar. Esa gentuza cree que los derechos de propiedad no existen, y que puede ir á donde le dé la gana con sus envoltorios y sus botellas. Hoy se han decidido los dos casos y los dos á mi favor. No he tenido día de satisfacción tan grande desde aquel en que cité á sir John Moorland por usurpación de propiedad ajena.

—¿Y ha obtenido usted algún provecho con esas decisiones?

—Ninguno, absolutamente ninguno, amigo mío. Me enorgullezco al decir que no tengo interés personal en el asunto. Lo hago únicamente para enseñar el respeto á las leyes. Con seguridad que esta noche el pueblo de Henworthy me quemará en effigie en la plaza pública. La última vez que la quemaron hice ver á las autoridades que no debían permitir tales atentados, pero no hicieron caso ninguno. El ayuntamiento está echado á perder, amigo mío. Ya les dije yo que les pesaría la manera como me trataban, y pronto han tenido ocasión de convencerse de ello.

—¿Cómo así?—pregunté.

El viejo me lanzó una mirada muy expresiva.

—¡Ah!—exclamó,—porque yo pudiera decirles

algo que están deseando saber. Pero no lo diré ¡quién Allá ellos que se fastidien. Son unos tunantes de marca mayor.

Hasta entonces había yo buscado un pretexto para escapar de aquella pesadísima charla, pero confieso que empezó á tener interés lo que el viejo decía. Conocía yo bastante su carácter para saber que la menor señal de que la conversación me interesaba sería suficiente para hacerle callar; así que dije, fingiendo la mayor indiferencia:

—Algún robo de caza, ¿eh?

—No, amigo mío, no—repuso riéndose de gusto.

—Se trata de algo mucho más importante que un robo de caza. ¿Qué me cuenta usted del presidiario que se oculta en el páramo?

Me estremecí.

—Pero, ¡cómo!—dije.—¿Sabe usted dónde está?

—Precisamente dónde no lo sé; pero de seguro que las autoridades no tardarían mucho en echarle el guante si yo dijera... ¿No se le ha ocurrido á usted que la manera mejor de coger á ese hombre sería la de descubrir de dónde obtiene el alimento y seguir la pista al que se lo lleva?

Muy cerca de la verdad parecía andar.

—No es mala idea—repliqué;—pero ¿cómo sabe usted que está todavía en el páramo?

—Porque con mis propios ojos he visto á la persona que le lleva la comida.

Me acordé de Barrymore y pensé que se iba á ver muy comprometido. Era muy grave eso de encontrar

trarse en poder, como si dijéramos, de aquel viejo métomeentodo. Pero la siguiente observación me quitó un peso de encima.

—Tal vez le extrañe á usted el saber que es un niño quien le lleva lo necesario para vivir. Todos los días le veo con el telescopio desde el tejado de mi casa. A la misma hora se le ve pasar por el mismo sendero. ¿A dónde ha de ir sino á buscar al presidiario?

¡Qué suertel! Pero me cuidé muy bien de que viera que sus palabras me impresionaban. ¡Un niño! Barrymore me había dicho que un niño llevaba el alimento á nuestro desconocido. Era, pues, á éste á quien había visto Frankland y no al presidiario, como él creía. Si llegaba á conseguir que me dijera en qué parte del páramo estaba, me evitaría una investigación larga, pesada y fatigosa. La incredulidad y la indiferencia eran las mejores armas para hacerle hablar.

—A mí me parece más probable—dije—que el niño sea el hijo de algún pastor que va á llevar la comida á su padre.

La más ligera oposición ponía siempre encendido de coraje al viejo autócrata, el cual me dirigió una mirada de indignación, al mismo tiempo que se erizaban sus blancas patillas.

—¿De veras?—exclamó, señalando con la mano la vasta extensión de terreno estéril del páramo.—¿Ve usted aquel peñascón que llaman el Cerro Negro? Pues bien, un poco más allá hay una cuestecita po-

blada de jaras, madroñeras y espinosos arbustos; es la parte menos fértil de todo el páramo. ¿Cree usted que aquel es un sitio á propósito para que un pastor lleve allí su ganado? Me parece una insensatez lo que usted piensa.

Humildemente contesté que había hablado sin conocer los detalles que acababa de darme.

Quedó complacido con mi sumisión, y continuó diciendo:

—Bien seguro puede usted estar, amigo mío, de que cuando yo afirmo una cosa es porque tengo fundados motivos para hacerlo. He visto frecuentemente al chico con el hato al hombro. Todos los días, y aún dos veces al... Pero espere un momento, doctor. O me engaña la vista ó juraría que en aquel cerro se mueve algo.

Aunque á mucha distancia de donde estábamos se distinguía perfectamente un puntito negro que se destacaba contra el color ceniciento del páramo.

—¡Venga, venga!—exclamó Frankland subiendo apresuradamente la escalera.—Va usted á verlo con sus propios ojos.

En la terraza estaba el enorme telescopio colocado sobre un trípode. Franklan aplicó el ojo y lanzó un grito de satisfacción.

—¡Mire usted, mire usted!—exclamó.—¡Pronto, pronto! Antes que baje por el otro lado de la cuesta.

En efecto, se veía un muchacho que llevaba un hato al hombro. Su figurita singular y haraposa se destacaba contra el azul del cielo. Miró de un lado á

otro como si temiera que le seguiesen, y desapareció en seguida por la parte de la cuesta.

—¿Qué tal, tengo razón ó no?—preguntó el viejo lleno de animación.

—Cierto que el muchacho parece hacer algún recado misterioso—respondí.

—Y cuál es ese recado lo adivinaría hasta el menos avisado de los polizontes. Pero por mí no han de saber ni una palabra. Exijo á usted el silencio también. Ni una palabra, ¿me entiende usted?

—Como usted quiera.

—Me han tratado mal, muy mal, sin consideraciones de ningún género, y negándome la protección que la ley otorga, así que por nada del mundo les ayudaré yo. ¡Pero cómo! ¿se marcha usted ya? Vaya, tome otra copita para que celebremos la ocasión.

Pero yo estaba deseando marcharme. Conseguí disuadirle de su anunciado propósito de acompañarme, y diciendo que sir Henry me esperaba me despedí.

Mientras que él podía observarme fuí andando por el camino real; pero en cuanto comprendí que me había perdido de vista, tomé el sendero que atraviesa el páramo y me dirigí al Cerro Negro.

Todo me favorecía; y á medida que caminaba resolví no perder, ni por falta de energía ni de perseverancia, la ocasión que la fortuna me ponía en la mano.

El sol comenzaba ya ocultarse cuando llegué á la cima del cerro, por la que se extendía una ligera

niebla. En toda la inmensa extensión de terreno escarpado no se advertía la más pequeña señal de vida. Aquella esterilidad misteriosa, aquel silencio, aquella soledad, la misión que llevaba... todo parecía unirse para impresionarme y llenar mi alma de negros pensamientos, de fatídicas ideas respecto á la suerte que le esperaba á mi amigo sir Henry.

Por ninguna parte veíanse huellas del muchacho, ni señal alguna de que hubiera pasado por allí; pero á mis pies, en una hendidura formada por dos rocas, había infinidad de chozas antiguas de piedra, y en el centro vi una que todavía conservaba suficiente tejado para proteger de la intemperie. Aquel debía de ser el agujero donde se ocultaba nuestro desconocido. Por fin ponía yo el pie en el umbral de su escondite; su secreto estaba al alcance de mi mano.

A medida que fuí acercándome á la choza, marchando con tanta precaución como marcharía Stapleton en el momento en que, con la red, iba á cazar la apetecida mariposa, pude convencerme de que, en efecto, se había hecho uso de aquel sitio para vivienda.

Un sendero conducía á la abertura que sirvió de puerta. En el interior reinaba un silencio sepulcral. Ignoraba si el desconocido estaba dentro de la choza ó se hallaba vagando por el páramo. Impresionado con la idea de la aventura arrojé el cigarro, empuñé el revólver y acercándome á la puerta eché una ojeada al interior. ¡La choza estaba vacía!

No obstante, había sobrados indicios para conven-

cerme de que no me había engañado en cuanto al sitio. No podía dudarse de que aquella era la vivienda de un hombre, pues bien claro lo daban á entender una manta envuelta en un impermeable y colocada sobre una piedra, un montón de cenizas todavía calientes en un rincón, unos cuantos utensilios de cocina y un barril casi lleno de agua.

Las latas vacías esparcidas por todos los lados eran prueba evidente de que hacía tiempo que se habitaba la choza. En el centro servía de mesa una gran piedra redonda, y sobre ella veíase un hato, el mismo, sin duda, que llevaba al hombro el muchacho poco antes. Contenía un panecillo, una lengua en conserva, dos latas de melocotón y una botella de vino. Al volver á dejar el hato en su sitio ví que debajo había un papel con algunas palabras escritas. Lo cogí; y con grande asombro leí lo siguiente: «El doctor Watson ha ido á Coombe Tracey.» Tan sorprendido me dejó aquello, que al principio no acertaba á comprender lo que significaba. ¡De modo que era á mí y no á sir Henry á quien perseguía aquel hombre! Aunque él en persona no me había seguido, sin duda envió un agente, el mismo muchacho tal vez, detrás de mí, y aquello era el resultado. Por aquel medio se había probablemente enterado de cuantos pasos diera yo desde nuestra llegada al páramo.

¡Siempre el misterio! Siempre el recelo de que éramos perseguidos y rodeados por una fuerza desconocida é invisible, una red finísima que nos rodea-

ba, envolviéndonos con tal habilidad y sutileza, que uno no se daba cuenta, hasta el momento supremo, de que se hallaba enredado en sus mallas.

Si había una nota como la que acababa de sorprenderme tanto, bien podía haber otras. Di vueltas y más vueltas buscándolas, pero inútilmente. Tampoco pude encontrar algo que me indicase el carácter ni las intenciones del desconocido habitante de la choza. Sólo pude convencerme de que debía de ser de costumbres muy sencillas y muy indiferente á las comodidades de la vida. Recordando los horribles tormentos que habíamos tenido y viendo el deruido techo, comprendí cuán firme debía ser el propósito que le había obligado á vivir en un sitio tan miserable y apartado. ¿Era enemigo nuestro ó sería algún ángel guardián? Juré no salir de la choza hasta averiguarlo. Afuera el sol desaparecía en el horizonte, ocultando poco á poco sus encendidos rayos. Allá á la derecha destacábanse las dos torres del castillo Barkerville, y más allá algunas nubecillas de humo denotaban la existencia de la aldea de Grimpen. La casa de Stapleton se hallaba situada entre la aldea y el castillo. La perspectiva era tranquila, dulce, pacífica, apacible, pero nada de aquella tranquilidad penetraba en mi alma. Mis nervios temblaban pensando en la vaguedad, en la incertidumbre de la entrevista que á cada instante se acercaba más. Me senté en una piedra y me dispuse á esperar con paciencia la llegada del habitante de la choza.

1a
 Por fin le sentí. Allá á lo lejos resonaron unas pisadas, que poco á poco iban acercándose. Me acurrugué en el rincón más obscuro y examiné el revólver que tenía en la mano, firmemente resuelto á no darme á ver hasta enterarme de la fecha del desconocido. Reinaron unos momentos de silencio y comprendí que se había parado. Volví luego á sentir pisadas, y una sombra apareció en la entrada de la choza.

—Hace una tarde hermosísima, mi querido Watson. Creo estará usted mucho mejor aquí fuera que ahí, dijo una voz muy conocida.

XII

Tan asombrado quedé al oír aquellas palabras, que apenas podía creer lo que estaba viendo; pero no tardé en tranquilizarme, en tanto que un gran peso de responsabilidad parecía como si me levantase de mis hombros. Aquella voz irónica, fría y resuelta, sólo podía pertenecer á una persona en el mundo.

—¡Holmes!—exclamé—¡Si es Holmes!

—Salga usted aquí, Watson—fué la contestación,—y cuidado con el revólver.

En efecto, salí de la choza, y allí, sentado en una piedra, estaba el mismísimo Holmes. Al ver el asombro que aún se dibujaba en mi semblante, comenzó á reír á carcajadas. Estaba flaco y desencajado, aunque tan listo y tan despierto como siempre. Su rostro, bronceado por la intemperie, parecía respirar energía y fortaleza. Con su traje de color ceniciento y su sombrero de fieltro, tenía todo el aspecto de un *turista* que había venido al páramo llevado de la curiosidad. Con aquel amor á la pulcritud que le caracterizaba, estaba afeitado y tenía la camisa tan limpia y tan blanca como si se hallase en Baker Street.

—¡Cuánto me alegro de verle!—exclamé estre-